

La apropiación de la lejanía

I. Cuando en 1961 John Kennedy pronuncia frente al recién construido Muro de Berlín su célebre frase: «Ich Bin Ein Berliner» (yo soy un berlinés), Cuba estaba demasiado volcada en sí misma y en su flamante Revolución para medir el alcance de aquellas palabras. No era posible interpretarlas, desde la etapa inicial del proceso socialista. Mucho menos recordarlas. Pero lo que ocurría aquella madrugada a la entrada de la Avenida Under der Linden de Berlín, tendría repercusiones irreversibles en el resto del mundo. En alegórica formulación de los teóricos del Caos, el aleteo de aquella mariposa catalizaría vientos huracanados que recorrerían otras partes del mundo.¹

El derribamiento del siniestro muro 29 años más tarde lanzaría ráfagas en dirección inversa, hacia la catarsis y la integración. Sacudirían al mundo comunista hasta penetrar el bastión de la URSS, volcando su furia sobre una diminuta isla del Caribe que inauguraría su nefasto «período especial» como respuesta. El simbolismo del Muro se ha alojado en nuestra sensibilidad finisecular; es la referencia inmediata ante las fronteras artificiales impuestas por las ideologías. Hemos sido testigos de su demolición en 1989 y partícipes de la catarsis que, a base de golpes y pedradas, acabó con la asimétrica mole de ladrillos.

Al proclamar que él era un berlinés, Kennedy tocaba las profundas dimensiones que el Muro llegaría a emblematizar. Más que un pronunciamiento de solidaridad, apelaba a una toma de conciencia del cismático episodio, plasmando en el lenguaje la crítica religiosidad de una identificación con la víctima. El preámbulo a la escritura de la diáspora cubana se resume en esta viabilidad de la palabra, oral o escrita, por asumir la experiencia histórica.

¹ Sobre las conclusiones de Edward Lorenz denominadas «efecto mariposa», ver Katherine Hayles, *Chaos Bound: Orderly Disorder in Contemporary Literature and Science*. Ithaca: Cornell University Press, 1990.

Nadine Gordimer, cuya herencia múltiple (rusa, inglesa, judía, sudafricana) sincroniza las travesías del postcolonialismo, construye una fórmula aún más audaz de identificación narrativa en su novela *La hija de Burger*, mediante un epígrafe de Lévi-Strauss: «Yo soy el sitio donde ha ocurrido algo». La protagonista, que lleva el nombre de Rosa de Luxemburgo, actúa como el lugar donde transcurre la historia. Gordimer suprime el «yo» como sujeto cartesiano de la conciencia y la convierte en el sitio donde convergen las realidades de su sociedad y de su época.²

El íntimo nexo entre escritura y realidad admite una reflexión sobre cómo el discurso cubano se apropia del medio que lo contextualiza. De ningún modo las referencias antepuestas —la novela de Gordimer, el discurso de Kennedy— sugieren un grado de conciencia histórica equiparable al de la escritura cubana en Estados Unidos. Salvo raras excepciones, ésta irradia desde una inocencia (por decirlo así) ajena a la dialéctica, y sus preocupaciones son las del individuo que sobrevive la historia a través de la rearticulación de lo personal. Lo que la exégesis del Muro de Berlín propone es que, con conciencia o sin ella, en un sentido material o abstracto, los que vivimos la segunda mitad del siglo que ahora finaliza, hemos sido berlineses. Hemos perpetuado en carne propia su división ideológica, geográfica, fraticida. Los cubanos, por lo general adelantados o rezagados a los procesos mundiales, pero siempre a destiempo, continuamos siendo berlineses.

En su introducción a *La isla que se repite* (quizás el texto de mayor trascendencia de la Diáspora), Benítez Rojo argumenta cómo el Caribe se resiste a obedecer las metodologías del mundo industrializado. La caída del Muro repercutió en Europa Central y culminó en la destitución de Gorbachev, pero la entropía de su dinámica se degrada al llegar al Caribe —Cuba marcha al compás de ritmos autóctonos e inapresables.³

Esta falta de continuidad histórica en relación a los procesos sociales de Occidente limita la vigencia de los modelos de teorización diaspórica respecto al Caribe. Los estudios de Homi Bhabha, Stuart Hall, James Clifford, William Safran y otros especialistas sobre los procesos de transformación social y espiritual de los grupos desplazados de su tierra de origen por la capitalización global, revelan afinidades entre las diásporas más antonomásticas (la judía, la africana) y la cubana.⁴ A pesar de los paralelismos, no debemos caer en la tentación de subordinar las conjeturas sobre el exilio cubano y su discurso a jerarquizaciones propias de grupos marginados en perpetuidad por la religión o la raza.

La diáspora cubana (aunque los censos vaticinen tres millones de cubanos en el exterior para el siglo XXI, es contingente al régimen actual y no está

² Nadine Gordimer, *Burgers's Daughter*. Nueva York: Penguin, 1980.

³ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998.

⁴ Ver el modelo diaspórico de William Safran en James Clifford, «Diásporas», *Routes: Travel and Translation in the Twentieth Century*. Cambridge & London: Harvard University Press, 1997, pp. 247.

condicionada a leyes genéticas. Nuestro destino diaspórico se orienta desde su transitoriedad. Las fluctuaciones del flujo migratorio (intensidad y retroceso cíclicos) han estado sujetas a los períodos de crisis o proyectos fallidos de la Revolución. Por tanto, la diáspora constituye la respuesta sistemática que la población cubana ha asumido ante el aparato ideológico del poder estatal. Podemos afirmar entonces, parafraseando a Clifford, que la diáspora cubana es el discurso de la antiutopía.

Precisamente porque la naturaleza sinuosa y centrífuga de las Antillas transforma los ecos del mundo en desdoblamientos inasibles, como demuestra Benítez Rojo, el fenómeno discursivo de la diáspora cubana en Estados Unidos sólo puede ordenarse desde los epítomes que rigen su singularidad: el aislamiento, la hibridez, la discontinuidad, la falta de centro, la conciencia marina, la lejanía.

II. La añoranza por y desde la isla se instala de modo definitivo en la poética cubana durante el XIX. No sólo desde el destierro, pues arraiga en la sensibilidad insular en poetas como Casal —basta recordar su «ver otro cielo... / otro horizonte, otro mar, / otros pueblos, otras gentes / de maneras diferentes de pensar».⁵ Y más tarde en Lezama Lima («Noches insulares: jardines invisibles») y Octavio Smith, destronado de su casa marina mientras dormía,⁶ sin que ninguno de ellos abandonara la patria.

Esta «lejanización» del mundo percibida desde la isla, la seducción por lo que existe más allá del horizonte, antecede a la Revolución, como un desasosiego alojado en el centro vital de la cubanía. Así, la sensación de añoranza, cimentada sobre la antigua tradición poética colonial de alabanza al paisaje, la flora y frutos criollos, configura una imagen mítica de la isla que «las viejas respuestas cubanas a la frustración política»⁷ traducen a una noción de «lo cubano como imposible».

Si adaptamos a nuestro ámbito los conceptos de Deleuze y Guattari y actualizamos la escritura de la Diáspora desde los rizomas de la lejanía, la circularidad, la repetición y la discontinuidad, tal y como se han manifestado en la conciencia literaria de Cuba, encontramos en ella una cubanidad asimilada y una coherencia con la proyección escritural de la nación.⁸ Éstas consolidan la inserción de lo cubano en la postmodernidad, según el juicio de Homi Bhabha de que «situar la problemática de la cultura en la esfera de la lejanía es el tropismo de nuestros tiempos».⁹

⁵ José María Chacón y Calvo, ed. «Nostalgias», *Las cien mejores poesías cubanas*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1958, pp. 277.

⁶ Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Letras Cubanas, 1970, pp. 519.

⁷ Lorenzo García Vega, *Los años de Orígenes*. Caracas: Monte Ávila, 1978.

⁸ John Johnson, *Deleuze and Guattari on the Line*. New York: Semiotext(e), Columbia University, 1983, pp. 1-65.

⁹ Homi Bhabha, *The Location of Culture*. London & New York: Routledge, p. 1. La traducción al español de éste y otros textos originales en inglés es mía.

Las islas, bendecidas por «la maldita circunstancia del agua por todas partes», al decir de Virgilio Piñera, poseen la frontera natural del mar y no necesitan recurrir al artificio de una muralla. Las prácticas fronterizas de las masas continentales (garitas custodiadas, alambradas de púas, torres de vigía) adquieren tonos subversivos en las islas —se derriba una avioneta o se hunde una embarcación. El reino animal se vale de sus funciones biológicas: secreta sustancias viscosas o venenosas; impregna la tierra de orina y el aire de olores nauseabundos; se despliegan plumajes o tentáculos. Porque la territorialización remite al dominio de los espacios. Sus señales dividen y excluyen; retiran o conceden derechos a aquéllos que, por nacimiento o tradición, integran un pueblo. La escritura de la Diáspora cubana es la signografía de la desposesión y de la pérdida. Como pérdida y como lejanía, Cuba aparece metaforizada en el discurso diaspórico.

«La isla está llena de ruidos», comenta Próspero en *La Tempestad*. Nuestros ruidos, los ruidos de la isla, se han desbordado de sus nichos y transitan trahumantes por la tierra: ruidos, voces, cantos de trovadores. Deleuze y Guattari subrayan que «la función del canto es territorial... las aves cantan para marcar su territorio», definen al artista como «el primero en trazar signos y delimitaciones en las piedras de su hábitat».¹⁰ Ahí están las cuevas de Altamira y las de Tassili N'Ajjer en el Sáhara, las Pirámides de Mesoamérica y Egipto, los bajorrelieves sumeros y babilonios.

La escritura cubana en Estados Unidos impregna el nuevo territorio como discurso de apropiación. El código diaspórico «territorializa» la distancia y se interna en esa zona imprecisa que la tradición literaria cubana ha dado el nombre de lejanía. Desde esa distancia y la extrañeza de otro idioma, deploraba Heredia «escuchar del extranjero idioma los bárbaros sonidos».¹¹ Para los cubanoamericanos, la ruptura con la lengua española es otra forma de apropiación de lo exógeno, y de interpretar el destino de la nación, recomponiéndolo desde «el bárbaro idioma».

III. Independientemente de los altibajos políticos de estos cuarenta años y de las adherencias y oposiciones ideológicas de 14 millones de cubanos, el primero de enero de 1959 marca el inicio de un exilio cuya subsecuente dispersión masiva devendría en lo que ahora llamamos Diáspora. La historia precisa de fechas —la toma de la Bastilla y la del Palacio de Invierno, el Descubrimiento de América, el Grito de Baire. 1959 es la noria entorno a la cual ha girado (y gira) el exilio cubano. En términos cósmicos, 1959 es la eclosión del Big-Bang de nuestra historia contemporánea.

Aunque sólo podemos abarcar el discurso de la diáspora desde esa premisa, la crítica acumulada hasta la fecha favorece la singularización de un período,

¹⁰ Gilles Deleuze and Felix Guattari, *A Thousand Plateaus: Capitalism & Schizophrenia*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press, 1987, pp.316-17.

¹¹ Cintio Vitier, *op. cit.*, «A Emilia», p. 35.

una modalidad o un aspecto. Se concentra, por ejemplo, en el primer exilio (es decir, entre 1959 y 1979); o magnifica la última década, quizás porque a ésta corresponde el reconocimiento y la legitimación de la escritura extraterritorial. Aborda separadamente los textos en inglés y en español o yuxtapone ambos idiomas sin discriminar el papel que desempeña cada uno. Pero la más incongruente de las perspectivas es la que enmarca esta literatura en los esquemas étnicos del *mainstream* norteamericano.

La lamentable fragmentación de la crítica se debe sin duda, al enorme, complejo y contradictorio tejido de nuestro discurso de estas cuatro décadas. ¿Desde qué ángulo internarse en tan tupido bosque? ¿Cómo atajar esta especie de excrecencia multiforme? Por añadidura, el academicismo norteamericano ha constituido su casi exclusivo medio. El acceso a textos dispersos, de limitada circulación y venta, aunado a las exigencias de especialización en los claustros universitarios, se convierte en desigual y arbitrario. La cuestión se agrava para la crítica proveniente de fuera de Estados Unidos, donde la inaccesibilidad de los textos es aún mayor.

Otra disyuntiva radica en mantener una conciencia unificada ante la bifurcación lingüística, a pesar de que estas escrituras cohabitan un solo plano geográfico, parten de una génesis política común y participan de una misma genealogía. Los criterios más completos, sin exclusiones de época, ideología, clase, edad o idioma, pertenecen a la labor realizada por Isabel Álvarez Borland en *Cuban-American Literature of Exile: from Person to Persona*¹². El encomiable esfuerzo de Andrea O'Reilly Herrera, en su recopilación de testimonios de la diáspora que publicará Texas University Press promete ampliar la perspectiva del corpus discursivo cubano. En su Introducción a *Remembering Cuba: The Legacy of a Diaspora*¹³ Herrera alude a la naturaleza multidimensional del exilio, que ella denomina «presencias» y documenta a través de una variada selección de textos. Al pluralizar la presencia cubana en Estados Unidos la autora propone una relectura de la Diáspora, demostrando que la monolítica y politizada visión tradicional seguida hasta ahora es un traje que ya queda demasiado corto. Lo cierto es que la experiencia diaspórica cubana es demasiado reciente y todavía andamos con el cordón umbilical al cuello. ¿Cómo valorar la escritura extrainsular desde un matiz postideológico, cuando nuestro país vive aún la más fiera división de su historia?

IV. Las dos primeras décadas del exilio continúan habitando una zona de silencio y oscurantismo, semejante a una Edad Media donde se gestara el Renacimiento actual. Una disminuida cronología de los escritores que llegaron a Estados Unidos durante esos años incluye a Lydia Cabrera, Novás Calvo, Lorenzo García Vega (cuya transgénica obra *Los años de Orígenes* es, a mi juicio, lo más

¹² Isabel Álvarez Borland, *Cuban-American Literature of Exile: from Person to Persona*. Charlottesville & London: The University Press of Virginia, 1998.

¹³ Agradezco a Andrea O'Reilly Herrera el envío de su manuscrito, que será publicado en el 2000 por Texas University Press.

significativo de este período), Labrador Ruiz, Octavio Armand, Hilda Perera, José Kozler y muchos otros. Si aceptamos la ambigua condición de Puerto Rico, podemos añadir a Leví Marrero, Jorge Mañach y Mayra Montero. Mencionar estos nombres es constatar la prodigalidad de una presencia literaria que, a pesar de las vicisitudes, mantuvo durante largos años la dignidad de esta malhadada vocación de la escritura, quizá la más ingrata de la tradición cubana.

Antes de 1980 comenzó a perfilarse un punto de enlace entre los escritores de dentro y fuera de la isla: el diálogo, los entonces llamados viajes de la comunidad y su culminación, el éxodo Mariel-Cayo Hueso. Unos versos de Lourdes Casal, quien jugara un papel decisivo durante esta etapa, sintetizan de modo memorable la mayor tragedia del exilio: el desarraigo.

*Nueva York no fue la ciudad de mi infancia,
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,
no está aquí el rincón de mi primera caída...
Por eso simepre permaneceré al margen,
una extraña entre las piedras
aun cuando regrese a la ciudad de mi infancia
cargado esta marginalidad inmune a todos los retornos,
demasiado habanera para ser neoyorkina,
demasiado neoyorkina para ser —aún volver a ser—
cualquier otra cosa.¹⁴*

Lo relevante de este texto es que no sólo halló un eco entre los lectores exiliados, sino que, por primera vez, una voz «del exterior» encontraba receptividad en la isla. Jesús Díaz los incorpora a su película *Lejanía*, que en el espacio de la Diáspora se transforma en su novela *La piel y la máscara*¹⁵. Desde Cuba, el exilio era percibido entonces (quizás a nivel inconsciente) como parte vital desprendida del organismo de la nación, sus «Miembros fantasmas», como expresa el título de un relato de Rita Martín.

La llegada de decenas de escritores por el puerto del Mariel infundió una nueva vitalidad a la lengua y enriqueció la visión del exilio. Se sumaron al proyecto diaspórico Reinaldo Arenas, René Ariza, Carlos Victoria y, aunque no salieran vía Mariel, Benítez Rojo y Heberto Padilla. Éste último escribe sus poemas de Princeton, donde la angustia del desarraigo expresada por Lourdes Casal pasa a interiorizarse como una trágica resignación por el «país perdido».¹⁶

Sería exhaustivo abarcar el auge poético de la década del ochenta en Nueva York y Miami. Escrita en la lengua materna, enajenada doblemente —del medio norteamericano e idioma dominante, así como del paisaje y las vivencias

¹⁴ Lourdes Casal, *Palabras juntan Revolución*. La Habana: Casa de las Américas, 1981. P. 60.

¹⁵ Jesús Díaz, *La piel y la máscara*. Barcelona: Anagrama, 1996.

¹⁶ Heberto Padilla, «El gato y la casa», *A Fountain a House of Stone*. New York: Farrar, Straus, Giroux. P. 98.

de la isla—, esta poética estructura su aislamiento desde la atemporalidad, de lo que la poesía de Amando Fernández, culta y aséptica, constituye el mejor ejemplo:

*Aquí la tierra es suave y diferente;
aquí los mismos ojos son distintos
pues ven una verdad en el derrumbe;
aquí la invalidez anuncia... despedidas.*¹⁷

Se trata también de una poesía sin público, que no parece estar dirigida a nadie, y que hace a José Olivio Jiménez preguntarse: «¿A qué lector ideal va dirigida la voz de nuestros poetas cubanos en Nueva York? , ¿a los lectores de la isla o a los de aquí?». Se contesta de inmediato con esta reflexión: «Ovidio, en su exilio, se consolaba con la idea de que su poesía fuera leída en Roma»¹⁸. En medio de esta especie de canto al vacío, José Olivio advierte cómo la imagen del país se confunde, en la soledad urbana, con la huella de la «ciudad grande» de José Martí. Privilegia la voz femenina por haber alcanzado una legitimación. Así, en el poema de Iraida Iturralde a Sor Juana Inés de la Cruz, el aislamiento toma la forma de un claustro:

*Creyó... en el sainete de los signos...
se hilvanó en el cerebro una cúpula de sílabas
dibujó el cuerpo del espacio en una celda.
Como un pirata en su galeón...
asaltaba el universo en San Jerónimo.*¹⁹

La identificación con la monja ilustrada muestra cómo la vida del pensamiento y su capacidad de abstracción se desarrollan desproporcionalmente al mundo exterior, llegando a suplantar la realidad. El exilio aparece como la condena de una celda y la pérdida del país como exclusión.

Con la aparición en 1989 de una antología con el sugestivo nombre de *Los atrevidos*, se percata el exilio de un grupo de escritores que se expresa en inglés. Para la generación anterior significaba un fenómeno lingüístico inevitable que derivaría en una debilitación de la cubanía. Frente a esto, Gastón Baquero afirmó que «no tenemos por qué asustarnos... las raíces de una cultura nacional no se secan ni desaparecen por ningún terremoto revolucionario».²⁰ El tiempo le daría la razón: esta escritura traía la marca de nacimiento, como reza el implacable título de una novela de Pablo Medina, *The Mark of Birth*.²¹ Otros títulos

¹⁷ Amando Fernández, *Los siete círculos*. Ayuntamiento de León, 1990. P. 43.

¹⁸ José Olivio Jiménez, Prólogo a *Poetas cubanos en Nueva York*. Madrid: Editorial Betania, 1988. Pp. 7-14.

¹⁹ Iraida Iturralde, *Tropel de Espejos*. Madrid: Editorial Betania, 1989. P. 31.

²⁰ Gastón Baquero, «Literatura de cubanos en inglés», *El Nuevo Herald*. 19 de Junio, 1993, p. 15 A.

²¹ Pablo Medina, *The Mark of Birth*. New York: Farrar, Straus, Giroux, 1994.

reafirmarían la cohesión espiritual con lo cubano: *The Cuban Condition*, y *Next Year in Cuba*, de Gustavo Pérez Firmat; *The Floating Island*, de Medina; *Havana Thursdays*, de Virgil Suárez; y el más excesivo de todos, *Cuba*, de Ricardo Pau-Llosa.²²

Éste último reconstruye un país que rebasa la frontera natural de la isla y que rescata la continuidad de la vida cubana desde Miami. La sección «Mapa de Cuba» es un recorrido por la iconografía tradicional del paisaje criollo —Viñales, el Cobre, Varadero. En «Salto del Hanabanilla» Pau-Llosa relata cómo un pez-manta fue capturado en La Habana y trasladado al Acuario, donde vivió dos semanas. El niño de seis años que era el poeta lo visitaba a diario. La imagen acuática y arquetípica se traslada a Miami en la mente infantil: «La veía cada vez que pensaba en lo verdadero, lo engañoso y otros fantasmas acuciantes / Me enseñó que la belleza es inescrutable...»²³. El poeta adulto sueña que la manta nada en las aguas del Hanabanilla. El signo falsificador, lo engañoso que el verso señala, es la desaparición del Salto del Hanabanilla del paisaje ancestral cubano, al cerrarlo la Revolución para construir un lago turístico. Más que una pérdida personal, el poema lamenta la imagen centenaria que ha sido borrada de la geografía de la isla. El pez-manta es el punto de focalización a partir del cual se traza una recuperación por la imagen. Isabel Álvarez Borland ha analizado cómo los textos de la diáspora recurren a este concepto lezamiano (que ella llama «bojeos») para expresar la crisis actual de la cultura cubana.²⁴

A diferencia de los escritores que mantienen una continuidad cultural y ontológica al conservar el español, los que reorientan su discurso a través del inglés padecen la violentación del flujo vital interrumpido. Al asumir el inglés, su sensibilidad queda invadida por la mirada del «otro», la mirada del extranjero. La transgresión lingüística encauza esta escritura hacia una ritualización de la identidad y una autorreferencialidad incesantes. Como contraste, al escritor exiliado en lengua española no le interesa el tema de la identidad; su sensibilidad permanece alojada e irreductible en la lengua nativa, a salvo de la mirada intrusa.

Quizás la excepción entre los cubanoamericanos que escriben en inglés, Roberto Fernández se desentiende de la preocupación por la identidad, la pérdida o la nostalgia. Como ha observado Isabel Álvarez Borland, Fernández trasciende la temática intimista para concentrarse en un mundo postdiaspórico.²⁵ Sus novelas no proponen una síntesis de integración social o de armonía entre exiliados y norteamericanos, sino que, valiéndose del humor y de la sátira,

²² Ricardo Pau-Llosa, *Cuba*. Pittsburgh: Carnegie Mellon University Press, 1993.

²³ *Ibid.*, p. 20.

²⁴ Isabel Álvarez Borland, «Entre bojeos e islas: Zoe Valdés, Iván de la Nuez y el exilio de los 90». Ponencia presentada en la Segunda Conferencia sobre Estudios Cubanos, CRI, Florida International University, 1999.

²⁵ Álvarez Borland, *Cuban-American Literature*, p. 97.

reconocen las tensiones étnicas y conflictos de valores, la hostilidad de la sociedad dominante norteamericana frente al submundo cubano de Miami, y la lucha de los exiliados por construir una réplica de la Cuba en que soñaron vivir o que dejaron atrás. En *Holy Radishes!*²⁶, el espacio floridano del exilio se despoja del vestuario teatral de despreocupación, jolgorio y bienestar económico, para descubrir su verdadera armazón. Ésta respresenta lo que Mary Louise Pratt llama «zona de contacto», donde «pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones continuas de radical desigualdad y conflictos tenaces».²⁷

Fernández se traslada al primer exilio, precisamente a la época en que las transiciones geográficas, culturales y lingüísticas de los primeros refugiados (así se les llamaba entonces) inauguran esa «zona de contacto». Sus personajes son oriundos de Sagua la Grande, que el autor trasmuta ortográficamente en Xagua, articulando así la pérdida del país como mitificación. Lejos de idealizar el pasado, Fernández logra recrear la corrupción y la falta de conciencia de la burguesía criolla durante la República.

Con el Primer Encuentro de Escritores de dentro y fuera de Cuba celebrado en Estocolmo en 1994, se inicia la reintegración parcial del discurso cubano dividido. A éste siguieron cuatro congresos internacionales animados por el mismo espíritu, en Madrid, Berlín, Barcelona y Michigan. Se publicaron dos antologías de poetas del interior y el exterior de la isla, y el hermoso cuaderno *La isla posible*. La aparición de la revista *Encuentro* ha prestado cohesión y continuidad al renacimiento de la cultura y el pensamiento cubanos.

La publicación y, en la mayoría de los casos, la premiación de libros como *La travesía secreta* de Carlos Victoria, las novelas de Zoe Valdés, *Rapsodie Cubain* de Eduardo Manet, *El hombre, la hembra y el hambre* de Daína Chaviano, *Como un mensajero tuyo* de Mayra Montero, *El arte de la espera* de Rafael Rojas, *Informe contra mí mismo* de Eliseo Alberto, *Esa fuente de dolor* de Matías Montes Huidobro, *La balsa perpetua* de Iván de la Nuez y otros más, demuestran este renacer de la literatura transnacional cubana.

La escritura de la diáspora cubana ha recorrido diversas etapas y en la actualidad parece haber alcanzado un equilibrio de hegemonización que le concede una nueva autoridad discursiva. De algún modo, la extraterritorialidad cubana atraviesa un momento de consagración. Conquistar la lejanía, dominarla como a un potro, puede producir ese instante de euforia nominal que suele desvanecerse al amanecer. Pero las culturas diaspóricas no incitan al festejo. Al cabo debemos preguntarnos, junto a Lina de Feria: ¿quién nos convirtió en emigrantes?²⁸

²⁶ Roberto G. Fernández, *Holy Radishes!* Houston: Arte Público Press, 1995.

²⁷ James Clifford, *op cit.*, «Museums as Contact Zones», p. 172.

²⁸ Lina de Feria, «Al cabo sorprendida», *Los rituales del inocente*. La Habana: Editorial Unión, 1996.